El pato cojo está armado

Antonio De La Cruz
Director Ejecutivo
10/Nov/2026

Trump ha perdido el Congreso y, con él, el futuro. Le quedan dos años, el arsenal completo y ninguna razón electoral para contenerse.

En Washington hay un juego de salón favorito: adivinar el momento exacto en que un presidente se convierte en un *lame duck*, un pato cojo. La respuesta correcta es que no hay momento exacto, porque el *lame duck* no es un dato jurídico sino una percepción. Y las percepciones, en política, tienen la costumbre de cumplirse a sí mismas. Cuando los legisladores, los donantes, los burócratas y los gobiernos extranjeros empiezan a comportarse como si un presidente ya fuera historia, el presidente empieza a serlo. El martes 3 de noviembre, Estados Unidos dejó de jugar al juego: las elecciones de medio término convirtieron la percepción en veredicto.

Los números, antes de las metáforas. Sumados los 435 distritos de la Cámara de Representantes, los demócratas ganaron el voto popular por 12,9 puntos —el mayor margen en unas elecciones de medio término desde 1974— y se quedaron con el Senado, 54 a 44, y la Cámara, 260 a 175. El dato que debería quitarle el sueño a la Casa Blanca es otro: entre 2024 y 2026 el voto demócrata cayó en 11,4 millones, pero el voto republicano cayó en 28,4 millones. La coalición de Mr. Trump no cambió de bando; simplemente se quedó en casa. Si el voto por estados hubiera sido una elección presidencial, el Colegio Electoral habría terminado 393 a 145. Los presidentes estadounidenses sobreviven a las derrotas. Lo que no sobreviven es a la aritmética que demuestra que su electorado era prestado.

En casa, las consecuencias ya son visibles. Los legisladores republicanos han empezado a considerar votar pensando en su distrito y en 2028, que es la manera parlamentaria de decir que han iniciado a pensar en sí mismos. La disciplina del partido se agrieta justo en los votos que más le importan a la Casa Blanca. Nada grande pasará por este Congreso: ni la agenda legislativa del presidente ni, para ser justos, la de nadie. La reorganización de la Casa Blanca lo dice todo sin decir nada: asciende Stephen Miller, el halcón de la casa, a la jefatura de Gabinete, mientras los rumores de una salida de Marco Rubio —desmentidos con el nerviosismo que suele acompañar a las verdades incómodas— circulan por Washington como el pronóstico del tiempo. Mr. Trump gobernará por orden ejecutiva y por veto, un método ruidoso y frágil, porque lo que un presidente firma en soledad otro presidente lo borra en soledad. La Cámara demócrata, mientras tanto, lo consumirá en investigaciones y citaciones; las administraciones que dejan de gobernar descubren que defender también es un trabajo de tiempo completo. Y sobre todo flota la sucesión: Mr. Vance, Mr. DeSantis y otros caballeros han dejado de esperar su turno. En las cortes políticas, la

Copyright © 2013, Interamerican-Trends

lucha por la herencia no empieza cuando muere el rey. Empieza cuando los cortesanos huelen que puede morir.

Afuera es donde el cojeo duele más, porque la política exterior se hace con una moneda que Mr. Trump acaba de ver devaluada: la credibilidad de sus compromisos. Todo socio que negocia con Washington sabe ahora que lo prometido en sanciones, comercio o ayuda puede bloquearlo el Congreso o revertirlo el próximo presidente. La reacción racional es exigirlo todo por adelantado o, peor todavía, esperar. China puede estirar cualquier negociación comercial hasta 2029. Irán puede hacer lo mismo con la mediación de Qatar. Venezuela, también. Para la transición venezolana el problema es quirúrgico: una transición negociada necesita un garante capaz de entregar un alivio de sanciones durable, y un *lame duck* solo puede ofrecer licencias revocables. Caracas sabe hacer ese descuento mejor que nadie; lleva décadas descontando promesas. Los aliados, por su parte, cubren apuestas con la frialdad habitual: Europa acelera su rearme y su diplomacia propia, y en América Latina los gobiernos que apostaron su capital a la foto con Mr. Trump diversifican hacia Bruselas y Pekín. Nadie ha roto con Washington. Simplemente, todos han empezado a negociar con el calendario.

Sería un error, sin embargo, confundir al pato cojo con un pato inofensivo. Lo que no cambia es clave: Mr. Trump sigue siendo comandante en jefe, conserva las tarifas por vía ejecutiva, el indulto y el mayor arsenal del planeta. Un presidente sin futuro electoral no tiene menos poder de destrucción; tiene menos frenos para usarlo. Esta misma semana, en plena mediación qatarí, su mando militar creó la Task Force Iron Gate para extender el bloqueo a Irán desde el mar hasta las fronteras terrestres y el Caspio, y sus fuerzas inhabilitaron a tiros un carguero que intentó forzar ese bloqueo en el golfo de Omán, el primer fuego contra un buque mercante en casi un mes. El Comando Central de los Estados Unidos, CENTCOM, calcula, sin verificación independiente, que el cerco ya ha impedido exportar más de 25.000 millones de dólares en crudo iraní. Es la paradoja perfecta del *lame duck*: incapaz de construir un acuerdo que sobreviva a su firma, perfectamente capaz de institucionalizar la presión que lo hace imposible. El poder que ya no puede construir todavía puede romper: una escalada con Irán, una tarifa de madrugada, un golpe de efecto en el Caribe para demostrar que sigue mandando.

La historia ofrece dos precedentes que deberían inquietar por igual a amigos y enemigos de Washington. George W. Bush, declarado políticamente muerto tras la derrota de 2006, ordenó el surge (o aumento de tropas) en Irak contra la opinión de casi todo el mundo, incluido su propio Congreso: un pato cojo con 130.000 soldados a mano sigue siendo un actor. Barack Obama, reducido a la misma condición desde 2014, negoció el acuerdo nuclear con Irán y la apertura a Cuba con la pluma ejecutiva, porque el Senado jamás se los habría dado. Ambos casos enseñan la misma lección desde orillas opuestas: la diplomacia del *lame duck* puede ser audaz, pero nace con fecha de caducidad. El acuerdo con Teherán y el deshielo con La Habana de Obama fueron

Copyright © 2013, Interamerican-Trends

deshechos por su sucesor Donald Trump con la misma pluma. Eso es exactamente lo que hoy descuentan quienes negocian con Mr. Trump: no su palabra, sino su permanencia.

Los mercados lo han entendido con su elegancia brutal de siempre. El riesgo de los próximos dos años no es un presidente débil ni un presidente fuerte, sino un presidente impredecible con un Congreso hostil y un Tesoro endeudado: la receta exacta para crisis de techo de deuda, cierres de gobierno y sobresaltos comerciales administrados por decreto. Los inversores pueden predicar casi cualquier cosa, menos la improvisación como sistema.

Hay, con todo, una lectura menos sombría. La república estadounidense ha sobrevivido a presidentes cojos antes, y el regreso del Congreso como actor —con la bolsa y la citación en la mano— es, en rigor, el sistema funcionando como fue diseñado. El problema no es la cojera de Mr. Trump; es que el mundo había organizado sus cálculos alrededor de su fuerza, y tendrá que rehacerlos alrededor de su debilidad, que es un material mucho menos estable. Los presidentes fuertes imponen su agenda. Los presidentes cojos imponen su incertidumbre. Desde el 3 de noviembre, el mundo ha dejado de negociar con Donald Trump y ha empezado a negociar con el calendario. Y el calendario, como bien sabe cualquier pato, no negocia.

Copyright © 2013, Interamerican-Trends